

Entre el bisturí y los glosarios de traducción

De la experiencia en traducción médica de Fernando Navarro se desprenden enseñanzas, consejos y lecciones para la vida del traductor profesional que elige la medicina como campo de trabajo. En esta entrevista, Navarro cuenta secretos del trabajo del traductor médico y también su experiencia, por ejemplo, al frente de la revista *Panace@*. También habla de las repercusiones y la actualidad de su famoso diccionario.

Cuéntenos brevemente la historia del *Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina* (Madrid: McGraw-Hill/ Interamericana), también conocido entre los traductores como «el Navarro», «el colorado» o «el libro rojo».

Siempre me llamó la atención que los diccionarios bilingües de medicina incorporaran decenas de miles de tecnicismos como *uereteroenteroanastomosis* o *leukoerythroblastosis*, que, pese a su innegable complejidad aparente, un médico no necesita ir a buscar a un diccionario para saber cómo se dicen en español. En cambio, cuando encontraba algún vocablo inglés que planteaba la más mínima dificultad y acudía a esos mismos diccionarios, o no estaba recogido o aparecía incorrectamente traducido, o no se ofrecían algunas de sus múltiples acepciones.

Me propuse elaborar, pues, un diccionario al que el médico pudiera acudir para resolver las auténticas dudas y dificultades que encuentra cuando tiene que enfrentarse a un texto especializado escrito en inglés.

Como traductor profesional, estaba ya suficientemente escarmentado de diccionarios simplistas y dogmáticos como para intentar añadir uno más a las librerías. Siempre tuve claro, desde un principio, que el mío habría de ser un diccionario crítico y razonado. Nada más lejos de mi ánimo que intentar convencer a nadie de que en ningún caso puedan usarse términos como *controlar*, *test*, *escáner*, *Western blot* o *baipás*. Mucho más me interesaba mostrar al traductor que para estos y otros anglicismos existen otras posibilidades de traducción —en muchas ocasiones, más adecuadas o preferibles por diversos motivos—, así como comentar los principales problemas que plantea la traducción al español de numerosas palabras y expresiones inglesas en apariencia sencillas. En muchas entradas del diccionario, el lector encuentra, pues, un comentario crítico sobre el uso habitual entre los médicos, las normas ortográficas básicas de nuestro idioma, las recomendaciones oficiales de las nomenclaturas normalizadas y los principales organismos

internacionales, así como la necesidad de precisión y claridad que debe caracterizar a todo lenguaje científico.

¿Cómo se originó, cuánto tiempo de trabajo llevó?

La semilla del diccionario cabe remontarla claramente a los tres artículos sobre palabras de traducción engañosa en el inglés médico que publiqué en la revista española *Medicina Clínica* entre 1992 y 1995. En el momento de incorporarlos a la monografía *Traducción y lenguaje en medicina* (Barcelona: Fundación Dr. Antonio Esteve, 1997), me di cuenta de que resultarían mucho más útiles, y mucho más fáciles de consultar, si fundía los tres artículos en un único glosario e incorporaba varios miles de palabras más que había ido recopilando en mi computadora a lo largo de diez años de ejercicio profesional como médico y traductor. En 1997 me puse a la tarea de escribir el diccionario, y la primera edición me llevó tres años. Cinco años más la segunda.



En cuanto a ediciones, el diccionario fue muy bien acogido por los traductores científicos. De la primera edición (Madrid, 2000) se hicieron cinco reimpresiones, y la segunda edición (Madrid, 2005) va ya por

las cuatro reimpresiones. Para el año 2012, confío en poder sacar la tercera edición del diccionario, que será la primera electrónica con acceso directo en línea y posibilidad de consulta mediante buscador por texto completo.

¿Cuánto ha pensado en sus lectores hispanoamericanos en el momento de preparar su diccionario? ¿Ha tenido diálogo con ellos?

Cuando publiqué la primera edición del «libro rojo», no había pisado nunca la América hispana; del Nuevo Continente únicamente conocía los Estados Unidos. Así, no es de extrañar que en esa primera edición dedicara atención considerable a las diferencias existentes entre el inglés británico y el inglés norteamericano, pero que en relación con el español reflejara casi exclusivamente el lenguaje médico empleado en las facultades, hospitales y consultorios de España. Era esta, creo, una de las principales lagunas de mi diccionario, y también una de las primeras que los lectores de América me señalaron con insistencia.

La segunda edición fue en este aspecto notablemente distinta, o al menos quiero creerlo así. Como explico en el prólogo, sigue siendo obvio que el diccionario está escrito en España y desde la perspectiva de quien tiene el español europeo como lengua materna y contempla la comunidad médica hispanohablante como un todo. Pero los *peach-flavored tablets* no son ya solo comprimidos con sabor a melocotón, sino también con sabor a durazno. El animalario comparte ahora lugar con el bioterio; las placas de Petri, con las cajas de Petri; el frigorífico, con la refrigeradora y con la heladera; los datos fiables, con los datos confiables; el biberón, con la mamadera; el hormigón, con el concreto, y los accidentes de tráfico, con los accidentes de tránsito. En la segunda edición, pues, socorrista y salvavidas, beber y tomar, conducir y manejar, recuento y conteo, inversor e inversionista, mantequilla de cacahuete y manteca de maní dan fe de que es plenamente compatible la unidad básica del idioma con el reconocimiento de sus variedades internas.

Cuatro factores principales han contribuido a este importante cambio de planteamiento entre la primera edición y la segunda: a) a partir del año 2001, he visitado repetidamente varios países hispanoamericanos (la Argentina, por ejemplo, en cinco ocasiones), y en todas partes me pedían que para la segunda edición prestara más atención al léxico local y a las variedades diatópicas del español; b) el desarrollo espectacular de Google, que nos brinda la posibilidad de efectuar búsquedas fiables con criterios de limitación geográfica; c) la correspondencia epistolar con traductores médicos y usuarios del diccionario en distintos países de Hispanoamérica, y d) las aportaciones de mis colegas de las listas de debate MedTrad y Tremédica, dedicadas de forma monográfica a la traducción científica y al lenguaje médico en español.

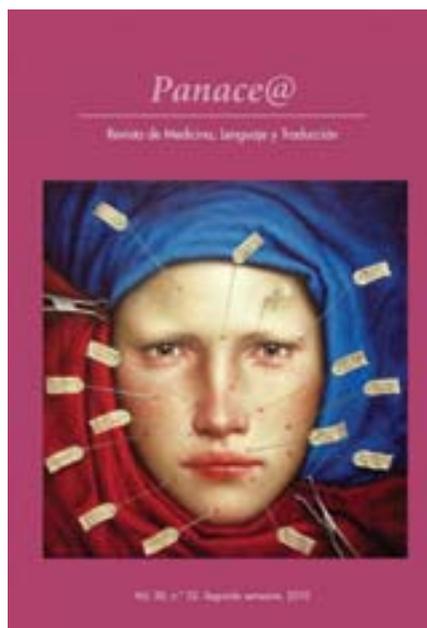
¿Qué área de la medicina es la que mayor cantidad de nueva terminología provee?

En los últimos decenios, hemos asistido a importantes progresos en relación con el diagnóstico, el tratamiento, la farmacogenética, las investigaciones genoproteómicas, la informática médica o las aplicaciones prácticas de la biología molecular, y el lenguaje especializado de la medicina ha ido evolucionando en consonancia. Yo diría, pues, que esas que acabo de mencionar pueden contarse a buen seguro entre las disciplinas médicas más activas en cuanto a creación de nuevos términos.

Cuéntenos brevemente sobre el origen y actualidad de la revista *Panace@*. ¿Cuál ha sido la evolución de la publicación en estos años y qué perspectivas tiene para el futuro?

En septiembre de 1999, el médico mexicano Gustavo Silva, traductor de plantilla en la sede de la Organización Panamericana de la Salud en Washington, tuvo una idea genial de puro sencilla: aprovechar el correo electrónico para poner en contacto a un grupo de profesionales con intereses comunes, pero dispersos en distintas ciudades del mundo. Nació así MedTrad, una lista de ayuda mutua en cuestiones de traducción y lenguaje médicos. Los fundadores aprovechamos nuestros contactos profesionales para transformar en cuestión de días el puñado inicial de amiguetes en un nutrido y valioso grupo internacional de medicina y traducción, formado por dos centenares de traductores médicos, redactores científicos, terminólogos, académicos, correctores, investigadores científicos, profesores universitarios y otros profesionales europeos y americanos interesados por las cuestiones relativas al lenguaje médico en español.

Entre las iniciativas surgidas en el seno de MedTrad, destaca la publicación, desde el segundo semestre del año 2000, de la revista *Panace@*, que puede consultarse gratuitamente desde cualquier rincón del mundo. Once años después de su primer número, *Panace@: Revista de Medicina, Lenguaje y Traducción* —desde el año 2006, publicación oficial de Tremédica (Asociación Internacional de Traductores y Redactores de Medicina y Ciencias Afines)— ofrece a cuantos se interesan por el lenguaje especializado de la medicina una colección impresionante de glosarios y artículos originales sobre los aspectos más diversos del lenguaje científico: terminología, nomenclaturas normalizadas, lexicografía, neología, cuestiones sintácticas y de estilo, política lingüística, documentación, nuevas tecnologías, etc. Son ya, en conjunto, treinta y cuatro números publicados, más de tres mil páginas de letra prieta y menuda, cerca de cuatrocientas firmas prestigiosas de más de veinte países y centenares de artículos interesantes en varios idiomas, con ilustraciones de una belleza espectacular, que han consolidado a *Panace@* como una de las publicaciones de mayor calidad en el complejo campo de la traducción especializada.



Con todo, lo más importante que hemos conseguido es, creo, demostrar algo que muchos consideraban utópico: que la globalización internética del altruismo, la revolución de la edición digital y la posición puntera que ocupan los países de habla hispana en el ámbito de la traducción científica hacen factible la edición en español de una revista especializada de gran

calidad y de amplia difusión internacional sin necesidad de apoyo institucional. Todos cuantos hemos participado en este proyecto editorial ilusionante podemos sentirnos bien orgullosos de ello.

En cuanto al futuro, creo que no me corresponde esbozarlo, puesto que abandoné la dirección de *Panace@* en diciembre de 2005. Las perspectivas, en cualquier caso, yo diría que son francamente halagüeñas, pues la revista está a cargo de una redacción de profesionales brillantes, encabezados por uno de los mayores especialistas mundiales en historia del lenguaje médico: Bertha M. Gutiérrez Rodilla, directora de *Panace@* desde el año 2006.

¿Cuál es, en su opinión, la formación ideal del traductor médico?

La situación óptima parece obvia: el traductor médico debería ser un médico que escriba bien o un traductor con buen dominio de los textos médicos y el lenguaje especializado de la medicina.

Quienes provienen de la medicina u otras carreras científicas (farmacia, química, biología, etc.) deben completar su formación en idiomas y reforzar todo lo posible su dominio de la propia lengua: sintaxis, léxico, redacción, etc. Quienes provienen de la traducción o de la filología, en cambio, deben dedicarse con empeño a adquirir los conocimientos científicos fundamentales. Y con esto no me refiero a dominar la anatomía, la microbiología, la bioquímica, la farmacología o la fisiopatología —que también, desde luego—, sino más bien a adquirir de entrada los conceptos más elementales: ¿tienen los virus núcleo y citoplasma?, ¿y las bacterias?; ¿para qué sirve el ADN?; las enzimas ¿son proteínas, lípidos o qué?; ¿en qué se diferencia un ácido de una base?; ¿qué es la resonancia magnética?; ¿qué función desempeña el páncreas en el cuerpo humano? Si un traductor procedente de las letras no sabe responder a estas u otras preguntas por el estilo, posiblemente lo tenga tan difícil para desempeñarse bien en la traducción médica como el traductor procedente de las ciencias que no sepa distinguir un adverbio de una preposición o que no sepa en qué consiste una pasiva perifrástica.

La traducción médica es —qué duda cabe— una modalidad traductoril muy compleja, que exige del traductor una formación adecuada y dedicación exclusiva. Hoy se impone para el traductor, como para muchos otros profesionales, la especialización. La cuestión es, claro, cómo hacer para conseguir esa imprescindible especialización.

Al aspirante a traductor médico se le ofrecen, básicamente, dos vías fundamentales de especialización: la formación autodidacta en el propio mercado laboral (como tuvimos que hacer prácticamente todos los que hoy estamos en este mundillo) o seguir un curso monográfico de especialización en traducción científica, como los que en los últimos años han comenzado a impartir cada vez más universidades. Para los traductores hispanoamericanos interesados en realizar un curso de especialización a distancia, posiblemente la opción más recomendable sea el «Máster oficial en traducción médico-sanitaria» de la Universidad Jaime I de Castellón, que va ya por su novena edición.

¿Cuáles son los textos materiales y virtuales de consulta más frecuentes?

Desde que me siento por la mañana ante la pantalla de la computadora hasta que me levanto por la noche para irme a la cama, no me separo apenas de Internet; porque allí encuentro los mejores asesores para el traductor: Google, Linguee, OneLook, la página de la Real Academia Española (que yo suelo consultar a través de Dirae), Wikipedia, Tremédica y su páginas de recursos, la lista de debate MedTrad con su impresionante archivo histórico que atesora más de ochenta y dos mil mensajes, la colección completa de la revista *Panace@*, el diccionario etimológico-histórico Dicciomed, el flamante *Diccionario de términos médicos* (2011) de la Real Academia Nacional de Medicina, los diccionarios médicos de Stedman y Dorland... ¡Mis obras de referencia están hoy casi todas en Internet!

En papel consulto aún con cierta asiduidad libros como el *Diccionario de dudas* de Manuel Seco (ahora *Nuevo diccionario de dudas y dificultades*, en la nueva edición de 2011, en coincidencia con el cincuentenario de la obra), la nueva *Ortografía* (2010) de la Real Academia Española, el diccionario combinatorio *Claves*, el *Manual de estilo de la lengua española* de José Martínez de Sousa, el libro de *Tipografía y notaciones científicas* de Javier Bezos o el *Diccionario terminológico de las ciencias farmacéuticas* de la Real Academia Nacional de Farmacia.

Claro que, en realidad, las consultas puntuales son solo una pequeña parte de las necesidades que el traductor tiene en materia de formación. Para dominar al dedillo todos los recursos léxicos, sintácticos y de estilo que nos ofrece la estructura maravillosa de la lengua —ya sea la nuestra o cualquier otra—, haría falta toda una vida de dedicación exclusiva, y ni tan siquiera así. De hecho, son muchos los grandes escritores de todos los tiempos que, tras más de medio siglo aferrados a la pluma, admiten no dominar todavía las posibilidades estilísticas de su propia lengua y se confiesan aún aprendices del oficio de escritor.

Como ayuda inicial en esta tarea de aprendizaje que habrá de prolongarse de por vida, recomiendo al lector interesado por el lenguaje médico tres libros y una bitácora. Los tres libros, ajenos: *La ciencia empieza en la palabra: análisis e historia del lenguaje científico* (Barcelona: Península, 1998), de Bertha Gutiérrez Rodilla; *Introducción a la terminología médica* (Barcelona: Masson, 2005), de José María López Piñero y M.^a Luz Terrada Ferrandis; y *El lenguaje de la medicina: usos y abusos* (Salamanca: Clavero, 2005), de Rodolfo Alpizar Castillo. Y la bitácora, propia: *Laboratorio del lenguaje*, que

desde abril de 2006 lleva ya publicadas más de mil entradas sobre errores, dudas, orígenes, anglicismos, anécdotas y curiosidades del lenguaje médico.

Y ya puestos, de propina, aquí va también el enlace al número monográfico de *Panace@* sobre «Publicaciones dedicadas al lenguaje, la terminología y la traducción», de diciembre de 2010, con un montón de recursos interesantes para el traductor especializado en textos médicos o biosanitarios: http://medtrad.org/panacea/PanaceaPDFs/Panacea32_Diciembre2010.pdf.



Fernando Navarro

Licenciado en Medicina y Cirugía (Universidad de Salamanca, 1986, con premio extraordinario) y médico especialista en Farmacología Clínica (Hospital Universitario Marqués de Valdecilla de Santander, 1991). Desde 1987 se dedicó simultáneamente a la traducción médica y en 1993 abandonó definitivamente la medicina para dedicarse en exclusiva a la traducción; primero, como traductor médico de plantilla en el Servicio de Idiomas de los Laboratorios Roche en Basilea (Suiza) y, desde el año 2002, ya de regreso en España, como traductor médico autónomo para multinacionales del sector biosanitario.

